

Douglas Murray

La masa enfurecida

Cómo las políticas de identidad
llevaron al mundo a la locura

Traducción de David Paradela López

Ariel

I

HOMO

Es un día gélido de febrero de 2018, estamos en Londres y un pequeño grupo de manifestantes se halla congregado a las puertas de un cine, muy cerca de Piccadilly Circus. Abrigados y silenciosos, los concentrados sostienen carteles en los que pone «Silenciados» en letras mayúsculas. La mayoría de los londinenses que tratan de llegar a la parada del autobús o que se dirigen a los bares del Soho apenas se percatan de su presencia. Una pareja que pasa por ahí observa que muchos de los manifestantes son de mediana edad o mayores. «Serán los del UKIP», comentan. Pero no. Las personas congregadas, varias docenas, han ido a ver una película titulada *Voces de los silenciados*. Sin embargo, tal y como evidencian sus pancartas, las *Voces de los silenciados* han sido silenciadas.

Los organizadores alquilaron el cine hace tres meses y aseguran que han cumplido las condiciones de la sala para la organización de pases privados, entre otras remitir la película con antelación. No obstante, un día antes de la proyección, *Pink News* —un residuo virtual de la prensa homosexual británica— ha tenido conocimiento del acto y ha pedido su cancelación. La petición ha tenido éxito y, para no generar publicidad negativa, la sala —perteneciente a la cadena Vue— ha

anunciado que se reserva el derecho a cancelar pases privados cuando la película «contradice directamente» sus «valores». Asimismo, el cine ha informado al grupo que, de llevarse a cabo la proyección, podrían producirse amenazas para el «orden público» e incluso para la «seguridad».

Así pues, el mismo día de la proyección, y con 126 personas que al parecer se han desplazado incluso desde los Países Bajos para visionar la cinta, la organización busca a toda prisa otro espacio donde proyectar la película. Entre los organizadores destaca el doctor Michael Davidson, de Core Issues Trust. Davidson no es médico, sino que tiene un doctorado en educación, pero, al igual que otras figuras públicas que se sirven de ese título, no parece importarle que alguien pueda llevarse a engaño en lo relativo a sus credenciales.

Davidson se había dado a conocer en Gran Bretaña seis meses antes, al aparecer como invitado en el programa *Good Morning Britain*, de la cadena ITV, copresentado por Piers Morgan, para hablar de la homosexualidad y las llamadas «terapias de reorientación». Davidson admitía que él también había sido gay, o al menos que había tenido «experiencias homosexuales», pero que en un determinado momento había decidido que eso no era para él. Lleva treinta y cinco años casado con su esposa, con la que tiene dos hijos, y cree que otros también pueden lograr lo que él ha conseguido. A través de su organización, ofrece ayuda voluntaria a personas que, como él, quieran dejar de ser homosexuales y convertirse en heterosexuales. Pese a todo, reconoce que todavía siente ciertos «impulsos», aunque no se deja llevar por ellos.

A la hora de defender su postura en televisión, Davidson aclaró educadamente que, para él, la homosexualidad es una «aberración» y, sobre todo, un comportamiento aprendido. Preguntado sobre si puede desaprenderse, aseguró que «en algunos casos, si la persona desea cambiar el rumbo de su vida, es reversible». El doctor Davidson consiguió decir esto antes de

que el entrevistador principal tratara de ponerlo en evidencia ante el resto de los presentes: «¿Sabe cómo llamamos a la gente como usted, doctor Davidson? —le preguntó Piers Morgan—. En el mundo moderno los llamamos intolerantes inmundos. Intolerantes que van pregonando mentiras y que, desde mi punto de vista, representan un mal y un peligro para nuestra sociedad. ¿Cuál es su problema? ¿Cómo puede creer que nadie nace homosexual, sino que uno se corrompe y puede curarse? ¿Quién es usted para decir una sandez semejante?».

Davidson, impertérrito, le pidió a Morgan que demostrase que las personas nacen siendo homosexuales, y señaló que ni la Asociación Estadounidense de Psicología ni el Real Colegio de Psiquiatría creen que la homosexualidad sea una condición innata e inalterable, a lo que el entrevistador le pidió que «se callase un momento» y «se dejase de paparruchas de científicos americanos». A continuación, Morgan le espetó: «Cállese ya, viejo intolerante», y puso punto final a la entrevista diciendo: «Hasta aquí hemos llegado. Doctor, Michael, cálese». ¹ Fin de la discusión. ITV había enviado un coche a la casa del invitado a primera hora de la mañana para llevarlo a un plató donde no habían hecho otra cosa que decirle que cerrase la boca.

Seis meses después de los hechos, parece que todo aquel revuelo no ha hecho mella en Davidson. Tras unas cuantas llamadas, por fin puede anunciar aliviado a los manifestantes que ha encontrado un local donde le permitirán proyectar la película. Los hombres y mujeres ahí congregados se dirigen al Emmanuel Centre de Westminster, cerca del Parlamento. Una vez ahí, el ambiente es más distendido. Antes de que empiece la proyección, nos invitan a una copa de *prosecco* y nos dan una bolsa de palomitas. Una mujer mayor se me acerca y me da las gracias por haber acudido. «Sé de qué pie calza usted —comenta, y me doy cuenta de que no se refiere a mis inclinaciones políticas—. Habla mucho del tema», añade en tono enigmático y me explica que eso hace que esté aún más con-

tenta de verme ahí. De todas las personas que han acudido a ver esa película sobre la cura de la homosexualidad, seguramente soy la única que ha salido del armario. Aunque sospecho que no soy el único gay de la sala.

Voces de los silenciados es menos coherente de lo que habría cabido esperar. La premisa principal (tal y como explica el propio Davidson antes de que empiece la película) es que «las ideologías antiguas y las modernas están confluyendo». En ningún momento queda claro cómo, y uno se queda con la sensación de haber visto dos películas combinadas a última hora en la sala de montaje. La primera trata del mundo antiguo e incluye imágenes aterradoras y apocalípticas. La segunda consiste en el testimonio concreto de varios médicos y pacientes que hablan sobre el hecho de ser homosexual y dejar de serlo. Además del doctor Davidson, aparecen un tal doctor Stephen Baskerville y un especialista de Texas llamado (no puedo reprimir una sonora carcajada) David Pickup.

Cada vez que la película habla de la destrucción del templo de Jerusalén en el año 70 d. C. o del arco de Tito, de repente saca a colación a los homosexuales. O exhomosexuales. Se dice que «la nueva ortodoxia estatal celebra la homosexualidad». Luego, junto con los «expertos» —sobre todo estadounidenses—, llegan los testimonios. En ningún momento queda del todo claro qué relación tiene todo eso con el arco de Tito. ¿Acaso la homosexualidad es la causa del derrumbe de esa civilización? Si es así, la acusación nunca se formula de forma explícita. Aparece una «exlesbiana» que ahora está casada y tiene cinco hijos; explica que su «vulnerabilidad» reapareció hace diez años, pero que encontró ayuda en la religión. Varios entrevistados hablan de pensamientos suicidas, de abuso del alcohol y de «egolatría». Uno de ellos (llamado John) explica que su madre era «judía». Oímos por extenso el testimonio de un apuesto hombre de veintinueve años que se llama Marcel y es alemán. Habla de sus tribulaciones. Cuenta que de niño su

madre le pegaba, desnudo, delante de su hermana, y que eso —se da a entender— podría ser uno de los motivos por los que en el pasado se ha sentido atraído hacia los hombres. Algunos de los entrevistados provienen de familias con padres divorciados. Otros no. Varios de los entrevistados parecen haber estado muy unidos a sus madres. Otros no.

El doctor Joseph Nicolosi —una de las estrellas de la película— apunta que muchos de sus «pacientes» odian a sus madres y no saben interactuar con los hombres, y que de resultas de ello desarrollan ciertas fantasías. Sugiere que una de las formas de curar las tentaciones homoeróticas pasa por plantearse objetivos saludables, como por ejemplo «ir al gimnasio». Lo cual me hace pensar que quizá el doctor Nicolosi nunca haya pisado un gimnasio.

Por supuesto, sería fácil tomarse todo esto a chacota. Otros se sentirían indignados. Sin embargo, los testimonios están ahí. John y Lindsay explican que habían sufrido AMS (atracción por el mismo sexo), pero que lo superaron juntos y que ahora son una pareja heterosexual exitosa con cinco hijos. «No somos un caso único —puntualiza Lindsay—, conocemos a muchas personas [que también han padecido AMS] que están felizmente casadas. Hay que esforzarse —agrega mientras John, que está sentado a su lado, se remueve algo incómodo—, no es algo para pusilánimes. Hay que saber aguantar. Sobre todo hoy en día, con todos los medios y tanta presión cultural para que hagas lo contrario.»

Más triste aún que el testimonio de esta pareja es el de varios entrevistados que han sido homosexuales y que aparecen con el rostro tapado. Quizá sea pecar de benevolencia pensar que, no hace tanto, quienes habrían tenido que salir de espaldas o con la cara tapada habrían sido otros.

Hacia el final de la película, un pastor irlandés resume parte de las conclusiones: explica que no le importa que la gente crea que la homosexualidad es algo innato e inalterable; que él

solo quiere que le permitan exponer su punto de vista. El doctor Baskerville reitera que desde la academia y los medios solo se defiende una postura: la que «promueve» la homosexualidad. «La sexualidad se está politizando», se nos dice antes de acabar. Y entonces, tras otra inexplicable referencia al judaísmo antiguo, la cinta concluye con unas palabras sentenciosas y, a la vez, cautas: «Ha llegado el momento de aceptar la diferencia».

Como era de esperar, el público reacciona cálidamente. Pero entonces ocurre algo bochornoso. Varios de los entrevistados están en el auditorio y son invitados a subir al escenario para recibir los aplausos. Entre ellos se encuentra un joven británico llamado Michael. Parece algo nervioso y acongojado. En su frente se dibujan más arrugas de las que debería tener alguien de su edad. En la película ya ha expuesto que, por motivos varios, no desea ser gay y que por eso ha adoptado un estilo de vida heterosexual (que a todas luces le está pasando factura) que lo lleve a convertirse (como el doctor Davidson) en exgay y quizá, con el tiempo, llegar a tener esposa e hijos. La velada termina con una oración.

De camino a casa, y a lo largo de los días siguientes, estuve reflexionando acerca de esa tarde en compañía de aquellos terapeutas de la reorientación sexual. Y, sobre todo, me pregunté por qué no me sentía más molesto.

Ante todo, debo decir que a mí esa gente no me da miedo y que, desde luego, soy incapaz de indignarme a los niveles a los que nos tiene acostumbrados la prensa homosexual desde que esta perdió su razón de ser. El motivo es que no veo que la realidad vaya en la dirección que querría la gente reunida en el Emmanuel Centre aquella tarde. Hoy por hoy, y en el futuro inmediato, el suyo es el bando de los perdedores.

Cuando aparecen en televisión se los trata con desprecio, a veces demasiado. Tienen dificultades para producir documentales decentes y más dificultades aún para proyectarlos. Se ven

obligados a reunirse en lugares secretos y, por el momento, parece improbable que la situación vaya a dar un vuelco.

Evidentemente, si yo fuera un joven homosexual que —todavía hoy— viviera en la América o la Gran Bretaña profunda, quizá pensaría de otra manera. Desde luego, si me hubiera criado en ciertas partes del Cinturón Bíblico estadounidense o si hubiera tenido que soportar (aunque solo fuera como amenaza) las terapias de reorientación forzosa que se practicaban ahí —y que siguen practicándose en muchas partes del mundo—, vería a Michael (el doctor) Davidson y sus amigos bajo una luz distinta.

Pero esa noche, en Londres, los perdedores eran ellos. Y, siendo consciente de que cuando uno tiene la sartén por el mango puede venirse arriba, me resisto a tratarlos como algunos de sus correligionarios me habrían tratado a mí si nos hubiéramos encontrado en otras circunstancias. El modo en que los individuos y los colectivos se comportan en el momento de la victoria dice mucho de cómo son. ¿Estamos dispuestos a permitir que los argumentos que nos sirvieron a nosotros les sirvan también a otros? ¿Creemos de verdad en los principios de la reciprocidad y la tolerancia, o no son más que una excusa? ¿Están dispuestos quienes han sufrido censura a censurar a otros a su vez en cuanto se presente la ocasión? Hoy, la cadena de cines Vue está de un lado. Hace unas décadas, quizá habría estado del otro. Y tanto *Pink News* como el resto de quienes celebran su victoria persiguiendo una película como *Voces de los silenciados* una tarde de febrero parecen decididos a hacer valer su fuerza contra un acto organizado de forma privada. Al hacerlo, van en contra de algo que defendieron los activistas gais desde que empezó la batalla por la igualdad de los homosexuales: que a nadie debería importarle lo que los adultos consintientes hacen en privado. Si esto vale para los derechos del colectivo homosexual, sin duda debería valer también para los derechos de los fundamentalistas cristianos y otros grupos.

Hay dos cosas más. La primera es que para temer lo que ocurrió aquella noche, uno tiene que estar dispuesto a extrapolar. Habría que sospechar que, cuando Davidson dice que solo quiere tratar a personas que acuden a él en busca de ayuda, sus palabras son una simple tapadera. Habría que creer que se trata de una excusa, la primera fase de un plan más ambicioso destinado a convertir algo voluntario en algo obligatorio y, con el tiempo, a convertir lo que es obligatorio para algunos en obligatorio para todos. Tal cosa supondría quebrantar uno de los fundamentos de la tolerancia política. No solo equivaldría a otorgarnos el derecho de sacar nuestras propias conclusiones con respecto a las personas, sino también a atribuirles motivos que no vemos pero podemos sospechar. Lo cual nos lleva a una pregunta que todo miembro de una sociedad auténticamente diversa y plural debe hacerse en algún momento: ¿aceptamos a las personas tal y como se nos muestran o, por el contrario, tratamos de ver más allá de sus palabras y sus actos porque nos creemos capaces de ver dentro de sus corazones y de adivinar los verdaderos motivos que ni sus palabras ni sus actos traslucen todavía?

Si nos encontráramos ante esta disyuntiva, ¿cómo actuaríamos? ¿Insistiríamos en que la otra parte abriga motivos oscuros hasta que nos convenciera de que sus motivaciones son otras? ¿O deberíamos aprender a ser tolerantes y confiar en los demás? No hay una respuesta única. Depende del momento, del lugar, de las circunstancias y de la suerte. Una persona de setenta años que hubiera pasado por una terapia de reorientación forzosa (en especial, una terapia de «aversión») tendría más motivos para mostrar recelo que alguien perteneciente a cualquiera de las generaciones siguientes, más afortunadas en este sentido. Las alarmas se encienden antes si se programan antes o en tiempos más difíciles.

A lo mejor estas diferencias generacionales y geográficas disminuirán con el tiempo y el efecto nivelador de los medios

de comunicación hará que todo el mundo se vuelva igual de optimista. O quizá estos mismos instrumentos obrarán el efecto contrario y lograrán convencer a un gay que vive en Ámsterdam en el año 2019 de que se encuentra en riesgo permanente de acabar como en la Alabama de la década de 1950. Quién sabe. Vivimos en un mundo en el que todos los miedos, amenazas y esperanzas imaginables se hallan a nuestro alcance.

Sin embargo, un prerrequisito para evitar la confrontación permanente es la capacidad para escuchar a las personas y depositar algo de confianza en ellas. Es cierto que existen casos límite en los que saltan las alarmas y puede ser necesario ir más allá de las palabras para cerciorarse de que nada raro está ocurriendo. Ahora bien, si no encontramos pruebas que respalden nuestras sospechas, entonces debemos creer en las palabras. Ninguno de los medios que trataron de silenciar *Voces de los silenciados* demostró que Davidson o sus colegas estuvieran obligando a nadie a someterse a un régimen de conversión sexual. Ni siquiera ahondaron en los detalles de la película ni en qué consistían sus sesiones de «reorientación». Sacaron una serie de conclusiones y alteraron la interpretación de las palabras en función de quién las proferiera, de suerte que «voluntario» pasó a significar «forzoso», «terapia» se equiparó a «persecución» y todas las personas que acudían a Davidson eran definitiva e irrevocablemente homosexuales.

Este último supuesto es el único reto serio que plantean Davidson y sus colegas. En su ensayo *Sobre la libertad*, publicado en 1859, John Stuart Mill expuso cuatro razones por las cuales una sociedad libre necesita la libertad de expresión: la primera y la segunda dicen que las opiniones contrarias pueden ser verdaderas, o verdaderas en parte, y que por tanto deben ser oídas con el fin de corregir los propios errores; la tercera y la cuarta dicen que, aunque las opiniones contrarias sean erróneas, divulgarlas puede servir para que la gente recuerde la verdad y evitar que esta se convierta en un dogma

ignorante que, con el tiempo —y a falta de discusión—, correrá el riesgo de perderse.²

Puede que hoy en día a muchos les parezca difícil ajustarse a los principios de Mill. Al menos, más difícil que limitarse a cambiar unos dogmas por otros. En los últimos años, la opinión aceptada acerca de los derechos de los homosexuales en Estados Unidos, Gran Bretaña y la mayoría de las democracias occidentales ha dado un giro inimaginable y para bien. Sin embargo, el cambio ha llegado tan de súbito que hemos visto cómo un dogma reemplazaba al anterior: hemos pasado de una posición de oprobio moral a una posición que reprueba moralmente todas las opiniones que se salgan, aunque sea un pelo, de los moldes de la nueva concepción. El peligro de esto ya no es que dejemos de oír opiniones erróneas, sino que podríamos estar privándonos de escuchar argumentos parcialmente verdaderos.

En el caso al que nos referimos, por confusa que parezca su película y por desagradable que sea su visión del mundo, Davidson y sus colegas hablan de la naturaleza de la atracción sexual. Son aguas profundas y tóxicas, pero no tiene sentido identificarlas sin sumergirse en ellas.

En lo tocante a la sexualidad, han surgido un conjunto de presupuestos que están revelándose tan dogmáticos como las ideas a las que han desplazado. En junio de 2015, la entonces ministra de Educación Nicky Morgan, del Partido Conservador, declaró que las ideas homófobas de los escolares británicos eran una prueba de «extremismo» potencial. Como dijo la BBC, Morgan aseguraba que «atacar los valores nucleares del país o mostrarse extremadamente intolerante hacia la homosexualidad son ejemplos de conductas que pueden generar alarmismo». Comportamientos semejantes eran prueba de que algún «extremista» podía estar «condicionando» al menor, y el hecho de que un niño afirmase que la homosexualidad era algo «perverso» era susceptible de ser notificado a la policía.³

Merece la pena señalar que en mayo de 2013 Morgan votó en contra de la ley que instauró el matrimonio homosexual en el Reino Unido. Un año después, en 2014, declaró que era partidaria del matrimonio homosexual y que, si la ley no existiera ya, votaría a su favor. Al año siguiente, en 2015, afirmó que opiniones como las que ella misma profesaba dos años antes no solo eran un ejemplo de «extremismo», sino fundamentalmente antibritánicas.

En la década de 1990, Hillary Clinton apoyó la «ley de defensa del matrimonio» con la que su marido trataba de evitar que en Estados Unidos pudieran celebrarse matrimonios homosexuales. Tampoco dijo nada cuando el entonces presidente dio por buena la política del «no preguntes, no lo cuentes» con respecto a los homosexuales en el ejército estadounidense, lo cual en la práctica significaba que cualquier soldado gay que revelara su orientación sexual podía ser expulsado de las fuerzas armadas. Como dijo Robert Samuels en el *Washington Post*, «Hillary Clinton tuvo la oportunidad de hacer historia en la lucha por los derechos de los homosexuales. Pero no quiso».⁴ Sin embargo, en 2016, durante su segunda campaña por la presidencia y ante una sociedad más abierta de miras, la comunidad LGBT (que tal era su denominación por aquel entonces) fue uno de los sectores del electorado a los que Clinton aseguró que quería dirigirse de forma específica. El que un político modifique sus opiniones no tiene nada de extraño, pero la rapidez con que los tiempos han cambiado ha dado pie a mutaciones de lo más llamativas entre la clase política.

Otros países han protagonizado virajes aún más repentinos y estridentes. Casi inmediatamente después de que el matrimonio homosexual se legalizara en Alemania, su aceptación se convirtió en requisito para obtener la ciudadanía en el estado de Baden-Wurtemberg. Ayer, un dogma; hoy, otro.

Los políticos no son los únicos que han dado un giro de ciento ochenta grados en los últimos años. Periódicos que

hasta hace poco hablaban con evidente desprecio de los homosexuales tratan ahora los matrimonios del mismo sexo como si fueran una noticia más de la sección de sociedad. Los columnistas que hace unos pocos años echaban rayos por la boca al hablar de la igualdad en la edad de consentimiento cargan ahora contra quienes no comulgan con el matrimonio homosexual. En 2018, la presentadora de la MSNBC Joy Reid fue vapuleada públicamente y obligada a disculparse por unos comentarios hechos diez años antes en los que se mostraba crítica con los matrimonios del mismo sexo, en una época en la que casi todo el mundo profesaba su misma opinión. Cuando los cambios son tan rápidos, hay que adaptarse a marchas forzadas, y quienes se rezagan son tratados sin piedad.

HOMOSEXUALIDAD POR DOQUIER

Este es el motivo por el que hay personas, Gobiernos y empresas que, como si se creyeran en la obligación de recuperar el tiempo perdido, plantean la cuestión homosexual en términos que van más allá de la aceptación para entrar en el terreno del «esto es lo que te conviene».

En 2018, la BBC aparentemente decidió que todas aquellas noticias relacionadas con la homosexualidad no solo merecían cobertura, sino que además debían ocupar los titulares. Una de las noticias más visitadas en la página web de la corporación en septiembre de ese año fue que el saltador de trampolín Tom Daley se había sentido «acomplejado» debido a su sexualidad, pero que eso lo había motivado para alcanzar el éxito.⁵ La noticia apareció cinco años después de que Daley saliera del armario. Desde entonces, el deportista no había mantenido su vida privada en secreto, pero aun así este artículo puramente anecdótico fue uno de los titulares de la web de la BBC y apareció justo debajo de los ochocientos muertos provocados por